

CORPUS CHRISTI 2026

Queridos hermanos y hermanas: ¡El Señor os dé la paz!

Hoy, solemnidad del Corpus Christi en nuestra diócesis, la Iglesia se detiene admirada y llena de estupor ante el gran misterio de nuestra fe: Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, permanece con nosotros bajo las especies de pan y de vino. Él nos había prometido que estaría con nosotros todos los días hasta el fin del mundo (cf. Mt 28, 20). Y cumple esa promesa quedándose con nosotros en la eucaristía, perpetuando de este modo la encarnación: "Como un día bajo a las purísimas entrañas de la Virgen, bajo hoy a nuestros altares cada vez que el sacerdote celebra la eucaristía". Si la Virgen es, para San Francisco de Asís, es "tabernáculo" o templo vivo de Dios en la tierra, las manos del sacerdote son ostensorio de Jesucristo, realmente presente en la Eucaristía.

La Eucaristía no es un recuerdo piadoso o un simple símbolo: es la presencia real del señor resucitado que sigue caminando con su pueblo y alimentándolo con su propia vida. Como recordó el Papa León, en Madrid, durante su reciente viaje apostólico a España, "la eucaristía es don vivo, un amor más fuerte que la muerte, una fuente inagotable de esperanza para nuestro tiempo"

En el Evangelio leemos que a un cierto momento de la cena del Señor con los discípulos, Jesús toma el pan, lo bendice, lo parte y lo entrega. Son los mismos gestos que la Iglesia repite desde hace vinita si diciendo "tomad y comed, esto es mi cuerpo, esto es mi sangre". Son los mismos gestos que la Iglesia repita desde hace más de veinte siglos. Cristo sigue entregándose. No se reserva nada para sí. Toda su existencia es una ofrenda. Y quien se alimenta de esta para está llamado a aprender ese mismo lenguaje del amor entregado. Y es que no se puede participar ni celebrar la Eucaristía sin esa voluntad firme de entregarnos a los otros, de amarlos de verdad. Y es que la Eucaristía y la caridad son inseparables. No podemos acercarnos a la mesa del Señor y permanecer indiferentes ante el sufrimiento de nuestros hermanos. San Agustín decía: "sed lo que veis y recibid lo que sois": el cuerpo de Cristo. Cuando comulgamos no solo recibimos a Cristo; somos llamados a convertirnos en Cristo para los demás. Somos llamados a hacernos eucaristía para los demás: pan partido, vino derramado. Eucaristía y caridad van siempre unidas.

La fiesta del Corpus Christi nos invita a levantar la mirada a Cristo en la Eucaristía. Dentro de poco, el Señor recorrerá nuestros caminos en la custodia. No sale para recibir honores humanos; sale para bendecir nuestras familias, sale para acompañarnos en nuestra alegría y sufrimientos, nuestros trabajos y nuestras preocupaciones; sale para recordar a todos que Dios no está lejos, sino en medio de su pueblo.

España y también nuestra tierra, como recordó el Papa León en Madrid, tienen una rica tradición eucarística, expresado en el arte, en procesiones y en manifestaciones de fe. Pero esas tradiciones no pueden convertirse en un museo del pasado: deben ser una escuela de fe viva que nos lleva al encuentro personal con Jesucristo y a compartir con los demás, particularmente con los más pobres. La procesión que tendremos dentro de unos minutos no tendría mucho sentido si terminase cuando el Santísimo vuelva a su templo. La verdadera procesión continúa cuando los cristianos llevamos a Cristo a los ambientes donde vivimos. El Señor que adoramos en el altar nos espera también en el pobre, en el enfermo, en quien está solo, en quien ha perdido la esperanza. Cuando nos compadecemos de estos y nos solidarizamos con todos ellos,

con Cristo lo hacemos (cf. Mt 25). Como señaló el Santo padre, el Cristo que pasa por nuestras calles es el mismo que se identifica con los más pequeños y necesitados.

Pidamos hoy al Señor que avive en nosotros el asombro ante la Eucaristía. Que nunca nos acostumbremos a este inmenso regalo, ni a celebrarlo, ni a adorarlo. Que cada Eucaristía, tanto para los sacerdotes como para los fieles que participan en ella, sea encuentro, alimento y misión. Y que, fortalecidos con el Pan de vida, "bajado del cielo" y por el que "viviremos para siempre" (Jn 6, 58), podamos ser en medio del mundo testigos de la esperanza, constructores e fraternidad y servidores de los más necesitados. Que María, Mujer eucarística, nos enseñe a adorar, agradecer y vivir el misterio que celebramos.

Fiat, fiat, amén, amen.